


◆ Luis Antonio de Villena

# LUIS MARIO SCHNEIDER EN PERSPECTIVA

Luis Mario o el fervor. Yo sólo podría denominarlo así. Fui, entre sus amigos, quizá de los que menos lo trataron. Pero siempre con inmenso, caudaloso fervor. Conocía ya ediciones mexicanas cuidadas por Luis Mario Schneider —riguroso erudito— y algún ensayo suyo, cuando una noche en Madrid (diría que en el verano de 1983) me lo presentó José Olivio Jiménez, gran amigo cubano, especialista en poesía española y americana, y también fervoroso de la vida. De hecho aquella presentación —un tanto fugaz— ocurrió entre bar y bar, saliendo de uno y entrando en otro, en el calor veraniego y el divino libertinaje de aquel Madrid semiperdido. Bares con lucecitas rojas. Bares de ranchera y hombre bravío o muchachos cargados de tequila (no sé si fue entonces, cuando en broma/veras dijimos que José Alfredo Jiménez era uno de los mejores poetas mexicanos: “Si te cuentan que me vieron muy borracho/orgullosamente diles que es por ti[.]”). De ese encuentro fugaz y de alguna charla posterior, en aquellos días, salió un proyecto mexicano con mis versos. Luis Mario, con su vivacidad, dijo que había que darlos a conocer rápidamente en México, y me pidió que hiciera yo mismo una pequeña antología que él publicaría en la editorial Oasis, en el Distrito Federal. Algún tiempo después le hice llegar un grupito de poemas, con breve prólogo para lectores mexicanos, que se titulaba *Saturnalia*, (1974-1982), y que efectivamente editó Oasis, colección Los Libros del Fakir, México, junio de 1984. El librito lleva el angélico dibujo de un amigo español, gran diseñador y grafista, José María Prieto, y una antología de mi poesía, tutelada por la amistad de Luis Mario Schneider y de José Olivio Jiménez. Supongo que ese librito —del que conservo un par de ejemplares— es hoy más que una rareza bibliográfica, pues amén de su corta tirada, la editorial Oasis (como Luis Mario me mostró



MATINEF



mucho después, otra noche y en México) desapareció con sus fondos todos en el terrible terremoto de 1985.

A veces José Olivio Jiménez y yo nos preguntábamos cómo aquel hombre tan energético y nervioso, tan avispa en movimiento de sensualidad, podía ser luego, en la biblioteca, el erudito puntilloso al que tanto debe la vida literaria y los autores de México.

En otro recuerdo de Luis Mario Schneider lo veo en la ciudad de México, de noche también, durante el congreso sobre “Los Contemporáneos”, viniendo a buscarme a mi hotel con el poeta León Guillermo Gutiérrez, para andar por ahí de cantineo y parranda. Naturalmente que, entre trago y trago o fascinación y fascinación por algún cuerpo hermoso, hablábamos de Salvador Novo o del acento argentino que —muy de fondo— aún conservaba el mexicanísimo Schneider, quien empleaba con tan buen uso la palabra *cuate*, signo de mexicanidad total para los no-mexicanos. Era la primavera de 1992.

Lejos y cerca. No hace mucho —en Madrid, otra vez— Luis Mario me llamó para que nos viéramos nuevamente de noche. Entonces, cuando primaveralmente lo vi encendido de proyectos, me regaló sus versos y su prosa. No sé si indebidamente, me sorprendí. Yo lo tenía por una mezcla originalísima y sabia de erudito y vividor, gran vividor; de estudioso de la poesía de los otros, editor y biógrafo —por ejemplo— de las *Obras* de Xavier Villaurrutia. Y he aquí que —para mí como si fuese de repente— Luis Mario era también un creador y se me mostraba ansioso de sus libros, como siempre fue ansioso de amigos. Entonces me regaló *Refugio*, una excelente novela corta, antihipócrita. Y los versos de *La semilla en la herida*. Quizá contenido en años de investigación y ensayismo,

Luis Mario Schneider volvía y se derramaba creadoramente entonces con otro estridentismo muy suyo, muy caudaloso. Preferí al prosista sobre el poeta que, como también suele ocurrir, se fusionaban. Y sentí, tras haberlo leído —lo vi por última vez en junio de 1998— no haber tenido tiempo de hablar de sus textos literarios ni haber podido aceptar —por falta de ocasión, por celeridad del tiempo— la generosa invitación que me hizo de llevarme a su casa de Malinalco, lugar en que me confesó hallarse mucho más que feliz.

Luis Mario Schneider hubo de irse de golpe (recuerdo el llanto de León Guillermo al teléfono) porque todo en él era energía e instante. Luis Mario Schneider era un incendiado, un ardiente, un sediento de vida. Todo en él trepidaba y por eso debió morir en la trepidación. Conservo el recuerdo de un hombre bueno y energético —gran transmutador de energías— que como los altos sabios humanistas amaba los libros y los cuerpos, imágenes de la salvaje, cauta y polimorfa unidad de la vida. La que Luis Mario estudió y vivió, caudalosamente. Sirva a su hermoso fervor, en mi recuerdo de noches amigas, un verso modernista de Enrique González Martínez, el inicio de su soneto “Al viajero”:

*Víador, esta es mi fuente, y todo es mío.* LC